

CHARLES TAYLOR. *Hegel*, México-Barcelona: Anthropos (2010), 520 pp.

*Rafael Ramis Barceló*

Treinta y cinco años después de la aparición del original inglés, gracias a una iniciativa de las Universidades Iberoamericana y Autónoma Metropolitana de México, se ha llevado a cabo la traducción del libro de Taylor sobre Hegel. Evidentemente, una obra publicada en 1975 adquiere en 2010 una dimensión distinta, pues se la compara con todo lo que se ha ido escribiendo desde entonces.

Mientras en los años setenta en su traducción española aparecieron algunas monografías que permitieron acceder a ciertos trabajos reconocidos en Europa, la obra de Hegel era aún una gran desconocida en España y en América Latina. Puede decirse que, por ejemplo, las síntesis de Noxon sobre Hume, de Fink sobre Nietzsche o de Höffe sobre Kant fueron piedras angulares para la comprensión de estos autores por parte de los estudiantes universitarios.

Por otra parte, en algunos de los manuales de Bachillerato —gracias, por ejemplo, a la síntesis de Höffe y la traducción de Pedro Ribas de la *Crítica de la Razón pura*— se llegó a un Kant estandarizado conceptual y lingüísticamente, al igual que ocurrió con Nietzsche mediante la síntesis de Fink y las traducciones de Andrés Sánchez Pascual. Por otra parte, algunos empeños aislados como el de Felipe Martínez Marzoa (1974) estaban completamente fuera de la órbita de la filosofía española de la época.

La labor expositiva de Eusebio Colomer (*El pensamiento alemán. De Kant a Heidegger*), ya en 1986, fue un intento serio —el primero, tal vez— de elaborar una historia de la filosofía alemana en español, leyendo e interpretando a Kant, Hegel, Nietzsche o Heidegger sin ladear sus problemas terminológicos y conceptuales, aunque tal vez con cierta aridez, extremo que hacía desistir a más de un estudiante.

En los años setenta aparecieron *Del yo al nosotros* de Ramón Valls y *La Nación dividida* de José María Ripalda, dos trabajos que mostraban sendos flancos de la obra de Hegel, después de digerir la pesada bibliografía germana. ¿Qué hubiera

sucedido si a finales de los setenta se hubiese traducido el *Hegel* de Charles Taylor? Posiblemente se hubiese convertido en el manual canónico para los estudiantes españoles e hispanoamericanos.

Hubiese sido una gran bondad que los estudiantes de Licenciatura, al iniciarse en la obra de Hegel, hubiesen podido leer la exposición de Taylor en español. El libro tiene las grandes virtudes de la tradición anglosajona (precisión analítica, agudeza...) pero no traiciona los ideales conceptuales de Hegel y no elude las enormes dificultades que existen para hacerse una idea cabal de su *corpus*. Una parte del libro fue publicada por Taylor bajo el título de *Hegel and Modern Society* (CUP, 1979), traducida al español en el Fondo de Cultura Económica en 1983. En ella se exponen muchas cuestiones de filosofía práctica y ha tenido un gran predicamento en numerosos trabajos de ética y política. Sin embargo, la visión de conjunto que proporcionaba la obra que aquí se reseña continuaba sólo al alcance de los especialistas.

En treinta y cinco años han cambiado mucho las cosas, tanto para el propio Taylor como en la recepción de Hegel en España. Resulta muy difícil que la relectura de esta obra en español no invite a asociar muchas ideas con trabajos de factura relativamente reciente y de traducciones hegelianas al español. Pero todo ello permite corroborar que la lectura de Taylor sigue gozando de una excelente salud.

Por una parte, los trabajos de Mariano Álvarez, Gabriel Amengual, Pedro Cerezo, Félix Duque, Víctor Gómez Pin o Eugenio Trias, en los años setenta y ochenta (y ya de otras generaciones Ignacio Izuzquiza, Roman G. Cuartango, Gonçal Mayos y muchos otros) han ampliado profundamente el conocimiento de Hegel en España. Puede decirse que hoy, frente a 1975, se pueden leer en español una gran cantidad de trabajos hermenéuticos sobre la obra de Hegel y que su estudio goza en España de acreditados cultivadores, tal y como puede verse en los trabajos de la *Sociedad de Estudios sobre Hegel* (SEEH), fundada en 1996.

Sin embargo, Hegel —en los manuales de Bachillerato— se explica de una manera muy diversa. No existe un estándar para hacerlo comprensible a los estudiantes y esa dispersión ha aconsejado retirarlo (si es que en algún momento o en algún lugar llegó a estar presente de forma relativamente estable) de los programas de Selectividad, cuando su estudio sería del todo aconsejable. Resulta

paradójico que el pensador sistemático por excelencia resulte tan difícil de sistematizar y tan incómodo para el docente y para el discente.

Y es que a Hegel se le puede urbanizar, trocear y deconstruir, pero con mayor dificultad se puede dar una idea completa de su obra. Kojève e Hyppolite, por ejemplo, leyeron a Hegel desde sus preocupaciones y proporcionaron una explicación parcial, al igual que hizo Bloch en *Sujeto-Objeto*. A día de hoy —en España— José María Ripalda, por ejemplo, prefiere deconstruir a la francesa la obra de Hegel. Una explicación completa —como la que dio Félix Duque— conllevaba la necesidad de compendiar «todo el saber del mundo».

Taylor, en su obra, se propone leer a Hegel desde Hegel. Con ello quiero decir que no lo hace desde Marx, Nietzsche o Heidegger, como tantos otros. Su aproximación es relativamente cercana: no se propone reordenar su obra, sino acercarse humildemente a ella, siguiendo el hilo cronológico, para atarse a la seguridad de una sistemática temporal. Su obra, a diferencia de la lectura de muchos *mâitres à penser* franceses, revela una profunda empatía con Hegel.

En efecto, a lo largo del libro, Taylor defiende las posturas y los comentarios de Hegel contra las malinterpretaciones que han ido surgiendo desde los orígenes de la izquierda hegeliana. En este sentido, el autor del libro se posiciona de forma suficientemente distante (pues no es un alemán, sino canadiense formado en Oxford) pero a la vez empática con las ideas del catedrático berlinés.

Sin embargo, Taylor se muestra crítico con muchos aspectos de Hegel, de quien destaca principalmente los problemas de su ontología. En su exposición de *La Ciencia de la Lógica* muestra cómo realmente el sistema de Hegel no se aguanta porque no es capaz de justificar satisfactoriamente las bases de su forma de razonar. Eso no quita que la obra de Hegel revista mucho interés, pues es una excelente crítica de las demás posturas filosóficas y en sí misma contiene algunos conceptos de gran valor.

En particular, Taylor es muy comprensivo con los objetivos de Hegel (Parte I. Las pretensiones de la razón especulativa) y con su explicación de la Historia y de la Política (Parte IV). Respecto de esta última, Taylor se propone desmontar progresivamente la lectura de Hegel como un reaccionario y, en particular, desautorizar la interpretación de Popper.

En cuanto a la primera parte, Taylor presenta acertadamente el proyecto de Hegel como el intento de armonizar el «expresivismo» romántico, la aspiración moral de la Ilustración y la religión cristiana (capítulo II, pp. 44 y ss.). Tal síntesis requería desplegar un sistema dialéctico de gran alcance, que diera una explicación completa de cómo percibimos la realidad y cómo el espíritu se desarrolla en la historia.

Tal punto de partida le permite soslayar otros elementos importantes pero conflictivos (por ejemplo, su relación con el profeta Hölderlin) y presentar una exposición rigurosa y clara. Se ha escrito mucho ya sobre esta obra y muchas reseñas han comentado su alcance. Así, Richard Bernstein consideró la publicación como el libro más ambicioso que había aparecido hasta entonces en inglés sobre Hegel («Why Hegel Now?» en *Review of Metaphysics* 31/1, 1977, pp. 29-60) y, en España, por ejemplo, Gabriel Amengual le dedicó un extenso comentario que no ha perdido actualidad (*Mayurqa*, 19, 1979-1980, pp. 187-206).

Hegel ha ido adquiriendo una creciente influencia en el ámbito anglosajón y parece que a día de hoy —no en 1975— el hegelianismo británico (British Hegel Society) y el germano (Hegel-Archiv y Hegel-Vereinigung) tienden puentes. Así, por ejemplo, la biografía de Terry Pinkard (traducida al español) viene a representar una suerte de síntesis pacífica entre unos y otros.

El libro de Taylor está escrito en un delicado equilibrio entre el prisma de la historia de las ideas de Isaiah Berlin y el del neohegelianismo británico. No reduce la metafísica a una mínima expresión, pero tampoco se regodea en ella. Frente al hegelianismo *alla tedesca*, el de Taylor ha acabado imponiéndose, al igual que ha hecho —con todas sus limitaciones— la filosofía anglosajona frente a la alemana.

Sin embargo, el lector español conoce ya a Taylor por otras obras (*Sources of Self* y *A secular Age*), traducidas y muy comentadas en los medios universitarios hispanos. Al releer *Hegel* en nuestra lengua, no es difícil desviar la atención hacia una serie de extremos que quizás en 1975 quedaban más difuminados. Tal vez, entre ellos, sobresalgan tres: la relevancia de la teología y de la religión cristiana, la insistencia en el papel la sociedad civil frente al Estado y el detallado tratamiento de las cuestiones antropológicas y fenomenológicas.

Frente a otros, el Hegel de Taylor es, ante todo, el padre de la antropología filosófica entendida fenomenológicamente. Esta consideración recorre todo el libro, al igual que lo hace la preocupación por la religión. En la obra se enfatiza la condición de teólogo que Hegel ostentaba, y de una forma implícita (por ejemplo, al insertar algunos comentarios de Karl Barth) se muestra el impulso que su obra ejerció sobre la teología cristiana. A Taylor le interesa mostrar el respeto (y hasta cierto punto la fe) que el propio Hegel sentía hacia el cristianismo.

Cuando el autor explica la ética y la política, parece mostrarse más o menos convencido. El detallado papel que Hegel concede a la familia, a la sociedad civil y al Estado es un campo abonado para Taylor, que defiende al filósofo alemán frente a los críticos liberales. No es difícil ver ahora en todo ello el interés fenomenológico, ético y político del propio filósofo canadiense, tan patente en sus obras posteriores.

En definitiva, el *Hegel* de Taylor permite actualizar al lector hispano el horizonte de comprensión de las otras obras del filósofo canadiense (pp. xiv-xv), tal y como indican en el prólogo Pablo Lazo Briones y Gustavo Leyva. El propio Lazo Briones es uno de los tres traductores, junto con Francisco Castro Merri-field y Carlos Mendiola Mejía. La traducción del volumen es una labor compleja, pues el lenguaje hegeliano presenta grandes particularidades y no existen traducciones comúnmente aceptadas a ningún idioma. Por ello los autores han cotejado la versión inglesa con la traducción alemana (Frankfurt, Suhrkamp, 1978).

La labor de los traductores es meritoria, aunque seguro que los expertos disentrarán del uso terminológico. Por ejemplo, seguro que *Aufhebung*, traducido por cancelación o supresión resulta problemático porque no existe una palabra en castellano que designe el concepto hegeliano. Sin embargo, el uso de un neologismo tampoco parece solucionar la situación (Carmen García Trevijano —en la traducción de Pinkard— usó «sublación», pero tampoco ha hecho fortuna). De hecho, los tres traductores realizan su labor con bastante homogeneidad y el índice analítico (en inglés, alemán y español) puede resultar muy útil. No se puede reprochar nada en este aspecto.

Hay algunos lapsus que el lector atento puede detectar con facilidad. Por ejemplo, uno de los más recurrentes en los libros de filosofía puede verse en la

p. 274, en la que se traduce «teología» en vez de «teleología». Eso puede generar una pequeña confusión en las páginas siguientes cuando se habla de «teología interna» y «teología externa» (p. 279) para referirse a la teleología interna y externa. Hay también algunas omisiones, como por ejemplo en la p. 434, en la que falta una palabra («belleza») para entender el sentido de la frase.

En todo caso, el libro no se resiente de estas ligeras imperfecciones y puede considerarse un trabajo globalmente muy satisfactorio. Muchas de las conclusiones (Capítulo XX. Hegel hoy) a las que llegó Taylor en su momento son de rabiosa actualidad, tal y como ponen de relieve los autores del prólogo. Hegel puede estar equivocado, pero frente a la civilización (por así llamarla) tecnocrática, masificada e industrial que se impuso después de su muerte, cabe oponer la naturaleza expresivista romántica, en la que el ser humano busca su armonía con la sociedad y la naturaleza.

En efecto, Taylor busca el contraste entre la sociedad, que dio la espalda a la filosofía práctica de Hegel y la naturaleza romántica, en una suerte síntesis que le permite la herencia crítica de la Ilustración. La ruina del proyecto hegeliano permite entender lo que ha fracasado también en la sociedad europea en la que vivimos. La obra de Taylor facilita que Hegel sea un espejo en el que nos veamos reflejados, más por nuestras flaquezas que por nuestras virtudes. Por ese motivo, en definitiva, hay que celebrar esta traducción al español, pues nunca es tarde para aprender con Hegel sobre nuestros problemas, reviviendo los suyos.